

vención. Desfilan por la tribuna varios oradores amontonando acusación sobre acusación, que Tallien resume y concentra, violenta y hábilmente, en el discurso de la víspera y en la sesión de los jacobinos. Estas acusaciones enfurecen á Robespierre, que interrumpe y forcejea por hablar. Collot, cansado, cede el sillón presidencial al dantonista Thuriot, y entonces comienza el último acto de este gran drama revolucionario, la terrible lucha entre Robespierre, exaltado, furioso, loco, y la campanilla presidencial, que Thuriot agita sin cesar repitiendo con energía: «¡Usted no tiene la palabra, usted no puede hablar!» Robespierre se vuelve hacia la Montaña, solicitando su apoyo con mirada suplicante; pero los unos, dantonistas ó hebertistas, se lanzan inectivas, y los otros, un puñado de patriotas independientes de los partidos, apartan tristemente la cabeza, no queriendo ni derribarle ni salvar con él á la dictadura.—«¡Cobardes!», gritó Robespierre amenazándoles con el puño. Y se volvió hacia la Llanura:—«¡Vosotros, diputados de la derecha, varones probos, virtuosos, concededme la palabra que aquellos bandidos me niegan!» ¿Qué responde la Llanura á esta invocación? Nada. Primero se la ve estremecerse y vacilar; luego, recobra su inmovilidad y se queda mudo, impasible, y así continuará, hasta el fin. A este golpe Robespierre palidece; gruesas gotas de sudor resbalan por su semblante; comenzaba á columbrar su pérdida en aquel silencio solemne y espantoso. Había derribado las cabezas de todos los partidos, y todos los partidos le rechazaban. Parecía como si cada uno de los grupos de la Asamblea viese las sombras de sus muertos levantarse y extender la mano sobre el acusado para dictar su sentencia: aquí, Dantón, Camilo y Lucila; allí madama Roland y Vergniaud; más lejos, Thouret y Barnave. Otra vez la cólera hace presa en Robespierre: sus mejillas se encienden, sus ojos giran de un lado á otro como en busca de apoyo, y sus labios cárdenos se agitan convulsivamente para pronunciar exclamaciones injuriosas. Jadeante, furioso, se dirige de nuevo al presidente, cuya campanilla y monótono grito le aplastaban:—«¡Presidente de asesinos, grita con ronca voz, por última vez te pido la palabra!»—«Tú no puedes hablar, le grita Garnier, la sangre de Danton te ahoga.»—«¡Ah, bandidos, replica Robespierre como si un rayo de luz hubiese venido á iluminarle; es, pues, Dantón... La campana presidencial cortó su frase. «¡Cobardes!, murmuró aún, ¿por qué no le defendisteis?» Dicese que entonces saltó fuera de la Tribuna precipitándose hacia los bancos de la derecha:—«¡Altol; gritó Feraud, ¿no sabes que aquí es donde se sentaban Vergniaud y Condorcet?» Vuélvese á la Tribuna, adonde sigue persiguiéndole la terrible campanilla. Al fin, se rinde, no tiene ya voz. Dos oscuros montañeses, Louchet y Loiseau, proponen su arresto, al que Billaud quiere que contribuya el Comité. Robespierre intenta dirigirle una frase; pero la campanilla no está muda.—«¡No hay palabra!», repite todavía Thuriot. Ante resolución tan terrible, la Asamblea vaciló un instante. Al principio no se oyó sino algún que otro aplauso; luego resonaron en todos los lados de la Cámara. Robespierre dirigió una postrera mirada á las tribunas, no pudiendo

creer que dejasen consumir crimen tan grande; no se levantó una sola voz de protesta. —«Yo soy tan culpable como mi hermano, exclamó Agustín Robespierre; pido también el decreto de acusación contra mí». —Maximiliano se opuso á que se aceptase este sacrificio, y con este motivo apostrofó de nuevo al Presidente de la Asamblea. Una voz gritó: —«Pero señor Presidente, ¿es que este hombre va á ser el dueño de la Convención? —«Demasiado tiempo lo ha sido», replicó otra voz. —«¡Ah, exclamó Freron; cuánto cuesta derribar á un tirano!» —«¡A votar, á votar!» gritaron varios. La Llanura, siempre muda, se levantó como un solo hombre, y el arresto quedó decretado. Louchet, el primero que lo había pedido, dijo: «Nosotros hemos entendido votar el arresto de los dos Robespierre, de Saint-Just y de Couthon». —«¡Sí, sí!», se gritó de todos lados. Couthon declaró valerosamente que aceptaba su parte de responsabilidad en los actos de sus amigos. Lebas, el amigo de Robespierre y el compañero de comisión de Saint-Just, se lanza á la tribuna, rechazando á varios representantes amigos suyos, que trataban de detenerle, y dice: «No quiero participar del oprobio de este decreto, pido también ser arrestado». Se le complació. Collot no quiso quedar por debajo de la Montaña en la gloria de la empresa, y dijo: «Ciudadanos, acabáis de salvar á la patria. Vuestros enemigos querían renovar la insurrección del treinta y uno de Mayo». —«¡Mientes!»!, interrumpió Robespierre. El tumulto fué espantoso. Los ugieres no se atrevían á ejecutar el decreto de arresto en aquellos personajes que hacían aún temblar á todo el mundo. —«¡A la barra, á la barra!», se gritó; que bajen á la barra!» En efecto, bajaron. —«Ciudadanos, siguió diciendo Collot, los reyes vencidos no tenían más que un recurso, la guerra civil en el seno de la Convención, para forzarnos á aceptar un tirano; pero jamás el pueblo francés consentirá tiranos». —«¡No, no!», gritaron todos; ¡viva la República!» Los acusados fueron llevados á la cárcel, y se levantó la sesión, una de las más memorables que registran los anales parlamentarios, por lo grandioso del cuadro, por el interés tan vivo y siempre creciente y por las variadas y sorprendentes peripecias.

Al ruido de lo que pasaba en la Convención, el verdugo, el famoso Samson, por cuyas manos habían pasado el rey, la reina y todos los jefes de partido, fué á preguntar á Fouquier-Tinville si se suspendían las ejecuciones del día. «Nada debe detener el curso de la justicia», respondió Fouquier. Y cuarenta y cinco condenados fueron llevados al cadalso, sin escolta, por haber llamado Hanriot en torno suyo á todos los gendarmes en vista del movimiento proyectado. El ejecutor y sus auxiliares esperaban que les fuesen arrebatadas las víctimas durante el trayecto; porque en el arrabal de San Antonio reinaba mucha agitación, y varios grupos comenzaban á detener las carretas de los condenados. Desgraciadamente, apareció Hanriot, que recorría en este momento el arrabal con sus gendarmes: el bárbaro dispersó á la muchedumbre y mandó al fúnebre cortejo seguir su camino. Por un accidente, los cuarenta y cinco desgraciados corrieron la suerte de sus predecesores.

El arresto de Robespierre y de sus compañeros no resolvió la contienda. Disponía el partido robespierristas, como sabemos, de medios de acción demasiado poderosos para que no tratase de aprovecharlos en salvar á su jefe é imponerse á la Asamblea. A la misma hora en que ésta suspendía la sesión, la Municipalidad, movida y acaudillada por caracteres enérgicos, se declaraba en estado de rebeldía. El agente nacional, Payan, redactó é hizo firmar al alcalde, Fleuriot-Lescot, un violento manifiesto al pueblo, contra «los malvados que oprimen á la Convención y que persiguen á Robespierre y sus amigos»; se arrestó en la Casa consistorial á los emisarios de los dos Comités; se convocó á las autoridades de París y á las secciones; se puso «á los patriotas arrestados bajo la salvaguardia del pueblo»; se tocó á rebato la campana de la villa, y se notificó á los jacobinos que el Consejo general de la municipalidad se había insurreccionado contra los nuevos conspiradores. Los jacobinos respondieron que preferían morir á sufrir el yugo de los enemigos de la libertad, y que se declaraban en sesión permanente, á imitación de lo que había hecho la Asamblea. En sustitución de los comités, el Consejo general de la municipalidad nombró un comité ejecutivo, para proveer á las necesidades del gobierno y «salvar la República». Así empieza aquella lucha del nueve Thermidor, muy difícil de relatar por la multiplicidad de actores y de intereses. Innumerables son las escenas, é intenso el drama en cada una de ellas. Ciertamente se destacan con gran relieve dos actores principales, la Municipalidad y la Convención; pero, en derredor de éstos, ¡qué de variedad de centros! En primer término, los jacobinos y los comités de Salvación pública y de Seguridad general; luego, las cuarenta y ocho secciones en que está dividido el territorio de París, y en cada una de estas secciones, la asamblea general, los cuatro comités—revolucionario, civil, de beneficencia y de correspondencia,—las autoridades civiles y las militares, y en la fuerza militar, el simple guardia y el cañonero, que suelen no estar de acuerdo; después, la gendarmería, los veteranos, los grupos del diez de Agosto, los vencedores de la Bastilla, los obreros de la fábrica de Grenelle y los alumnos de la Escuela de Marte en el campo de Sablons; por último, las cárceles, donde tan numerosa era la población y la vida tan activa, donde estaban ampliamente representadas la inteligencia, las letras y las artes, y cuyas crónicas constituyen una página importantísima de la historia de este tiempo. A esta riqueza de centros se añade, que el motivo y el fin de la lucha no se disciernen con claridad ni tienen importancia. Nadie sabe con fijeza por qué lucha, de donde se originan la indecisión en las personas y la confusión en los partidos, los cuales usan de las mismas palabras de orden y se lanzan el uno al otro idénticas acusaciones. No se plantea la cuestión entre la república y la monarquía, ni entre intereses de ninguna especie bien definidos; entrambos bandos presumen defender igualmente la Revolución y el Terror; cada uno recrimina al otro de traidor y contra-revolucionario, y los dos principales centros, la Convención y la Municipalidad, que están frente á frente, tienen, en la

BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA

legalidad revolucionaria, derechos distintos, pero iguales. Nada hay en esta lucha que se parezca á las antiguas jornadas de la revolución, al catorce de Junio ó al diez de Agosto. La mayoría de la población, huérfana de sus elementos más enérgicos, que se hallan en los campamentos, aterrada y como estupefacta por tantos y tan terribles acontecimientos, está sumida en la inercia. Y ¡cosa singular!: la opinión de esta mayoría, alejada de las públicas contiendas, que no tiene partido que la represente, cuyos soldados no se ven por ninguna parte, es la que alcanza la victoria. Mientras la Municipalidad y la Convención, los jacobinos y los comités se combaten por saber cuál de los dos partidos ha de guiar en adelante la Revolución y dirigir el Terror, el Terror muere y la Revolución se para. ¿Habrá todavía quien ponga en duda la poderosa y decisiva influencia de las energías sociales en la solución de los conflictos políticos? No es el gobernante el que dicta la ley á la sociedad; es la sociedad la que traza al político la regla y la pauta por las que debe éste regir su actividad.

Si el jefe militar de los robespierristas hubiese valido lo que los jefes civiles, nada habría podido salvar á la Convención; pero al comandante Hanriot, no se le ocurrió otra cosa que recorrer las calles borracho, á la cabeza de sus gendarmes, aullando: «¡A las armas, á las armas, hermanos míos! Los pícaros, los malvados triunfan. Acaban de arrestar á Robespierre y á todos los mejores patriotas». El pueblo parecía asustarse por estos gritos más que emocionarse por el suceso. Así recorrió primero el arrabal de San Antonio sin que nadie le siguiese; luego, regresó á las Tullerías, donde le obstruyó el paso la pequeña guarnición que custodiaba la Asamblea, y un ugiere notificó á los gendarmes el decreto dado contra su comandante. Los gendarmes vacilaron; pero siguieron tras de Hanriot hasta la calle Saint-Honoré, en la que, habiéndoles intimado dos diputados que arrestasen á su jefe, obedecieron, y Hanriot, con sus ayudantes de campo, fué llevado amarrado al Comité de Seguridad general. La Municipalidad le dió por sucesor á Giot, ayudante general de la primera legión, buen soldado, familiarizado con la disciplina, entusiasta patriota, pero inepto, incapaz no sólo de iniciativa, sino de interpretar las órdenes que se le dieran. Candorosamente confiesa él mismo «que no comprende nada de lo que pasa, y que pierde la cabeza pensando en ello». ¿Cómo se explica elección tan ridícula? Por el fantasma del militarismo, que los príncipes de la demagogia temían ahora más que nunca, y que creían conjurar no poniendo una espada poderosa en manos de un militar inteligente y enérgico. Por huir de un peligro cayeron en otro quizás mayor; pues, entre el incapaz Giot y el inepto Hanriot, destruyeron pieza por pieza la más formidable posición que ninguna revolución alcanzó jamás.

El Consejo general de la municipalidad, comprendiendo lo que le perjudicaba moral y materialmente el arresto de Hanriot, confió al vicepresidente del Tribunal revolucionario, Coffinhal, el encargo de «ir á libertar á los patriotas detenidos». Activo y vigoroso, Coffinhal

baja á la plaza de Greve, reúne doscientos ó trescientos cañoneros y algunos gendarmes, marcha en derecha al Comité de Seguridad general, penetra en el edificio y suelta á Hanriot el cual se desata en insultos contra los gendarmes que le guardaban, luego los perdona y se dirige al pabellón del Reloj. Coffinhal quería entrar en la Convención y apoderarse del salón de sesiones, con lo que habría quedado asegurada la victoria. Nadie, ni los diputados ni la gente de las tribunas, hubiese opuesto resistencia; ni habrían podido defenderse las pocas compañías de seccionarios que rodeaban las Tullerías y los cien hombres que componían la guardia ordinaria de la Convención. Entonces, ¿porqué se opuso Hanriot? Por razones muy poderosas. Habíase formado un plan de ataque, y habida consideración á que Robespierre era celosísimo de su autoridad, y que los jefes de la democracia desconfiaban los unos de los otros, y que el terror dominaba por completo á los mismos que lo utilizaban, temió el General, si se apartaba un ápice del plan trazado, ser acusado de tender al militarismo, de querer escamotear el éxito en interés de su ambición. ¡Singular suceso entre los más singulares que ocurrieron en esta memorable noche! mientras los individuos del Comité de Salvación pública corrían á refugiarse en el salón de la Asamblea, y los compañeros de Hanriot aconsejaban á éste apoderarse de la Convención, y el Consejo municipal declaraba caídos de su poder á los comités, Hanriot refería á la muchedumbre reunida delante del pabellón del Reloj que no había estado detenido, sino en tranquila conversación con los comités, prevenidos contra él por calumnias que les habían contado y que les hacían ahora cumplida justicia, y por la eficacia de este discurso, sin duda, todos aquellos seccionarios, que habían acudido al socorro de la Convención y que acababan de difamar á Hanriot, se ponen á cantar sus alabanzas y maldecir á sus enemigos, y todos se van tras él hacia la Casa de la villa, «quedando la Convención menos custodiada que en los días más tranquilos, dice Dulac, creo que solamente por unas cuantas compañías de la sección de las Tullerías». En la Casa de la villa fué recibido en triunfo, y enterado de que Robespierre había sido llevado al Luxemburgo, corre á libertarle. Pero Robespierre no estaba en el Luxemburgo. El conserje por orden de la Municipalidad, no había querido recibirle; y como Maximiliano se negase á ir á la Casa consistorial, ya por respeto al decreto dado por la Convención y que creía enaltecerle, ya porque esperaba ser absuelto por el Tribunal revolucionario, como lo había sido Marat, se hizo llevar á la Administración la Policía, en la Cité, constituyéndose voluntariamente en detenido. «Los administradores le acogieron con las más expresivas demostraciones de amistad. El uno extendió su brazo derecho por detrás de su cuerpo oprimiéndole afectuosamente; el otro le cogió por debajo del brazo, y en esta actitud se alejaron dirigiendo sus pasos hacia el Comité, á lo largo de las habitaciones del Alcalde. Uno de los administradores iba diciéndole: «Tranquilízate. ¿No estás entre tus amigos?». Del Luxemburgo, Hanriot se dirigió á escape, seguido siempre de Coffinhal á la Administra-

BIBLIOTECA ALFONSO XIII